

LA ALEGRÍA DE VIVIR LA FE

Colección “Meditaciones”

FRANÇOIS-XAVIER NGUYÊN VAN THUÂN

LA ALEGRÍA DE VIVIR LA FE

Preparado por
El Consejo Pontificio «Justicia y Paz»



Ciudad Nueva

Título original:
La gioia di vivere la fede
© 2013 Libreria Editrice Vaticana
00120 Città del Vaticano
www.vatican.va

Traducción: *Juan Gil Aguilar*

Maquetación y diseño gráfico:
Antonio Santos

© 2014, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-303-4
Depósito Legal: M-16.697-2014

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Afanias Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

Presentación

La fe, fuente de alegría

La alegría de vivir la fe es el título que el arzobispo François-Xavier Nguyễn Van Thuân, por entonces presidente del Consejo Pontificio «Justicia y Paz», eligió para la serie de charlas aquí publicadas. Fueron recogidas por algunos jóvenes que tuvieron el privilegio de asistir a ellas en persona. Se trata de textos pronunciados en distintas ocasiones con el fin de educar en la fe a sus amados compatriotas, con quienes se reunió en distintas partes del mundo.

Ante todo son reflexiones sapienciales de un pastor que siente la responsabilidad de formar a su pueblo vietnamita para ayudarlo a vivir en una comunidad mejor.

Según dice el propio autor, este libro representa una especie de síntesis general, sencilla y humilde, de su anterior magisterio y de su experiencia de fe, que él desea comunicar narrando las maravillas que Dios no deja de cumplir en quien cree. La ambición del entonces obispo Van Thuân, educador de su gente, está en ser, como la Madre Teresa de Calcuta, «un lápiz en manos de Dios para que Él escriba lo que quiera».

Pues bien, casi en el ocaso de su vida terrena –a todos les pareció un largo *martirio* aceptado por amor a Dios y transformado en fuente de perdón y esperanza incluso para sus perseguidores– quiso dejar un *testamento espiritual* a sus hijos y hermanos: un *testamento de alegría*. Quien cree en Jesucristo y lo vive –humanidad nueva– no puede evitar experimentar la alegría. El culmen de la humanidad es el Hijo de Dios, que se hizo hombre en medio de nosotros. «Solo Él es nuestra alegría y nuestra esperanza», afirma el siervo de Dios Van Thuân.

En el clima cultural de hoy, que tiende a marginar a Dios de la vida humana, no es fácil transmitir semejante mensaje. Se suele considerar a Dios como un antagonista de la libertad y de la autonomía moral de la persona. Se objeta que adoptar a Dios como principio de vida va en detrimento de la responsabilidad y de la misma dignidad del hombre. Según la cultura laicista de hoy en día, Dios es aquel que le roba la felicidad al hombre.

Entonces, ¿por qué el siervo de Dios, no obstante todo, insiste siempre y en todo momento en proponer a sus amados compatriotas la idea de la fe? Él cree firmemente que la fe genera alegría y no empobrece, sino que, al contrario, aumenta la belleza de la vida. La alegría del creyente es fruto de *ser* y *percibirse* como humanidad que *se vive plenamente* a sí misma. Concretamente, la fe sana a las personas inmersas en la cultura

de la nada y de la muerte, las reconstruye interiormente, las renueva en cuanto seres relacionales, comunitarios y fraternos y las reúne en una única familia, el *pueblo de Dios*.

Quien experimenta una alegría simplemente humana se percibe a sí mismo como sujeto *capaz* de llevar una vida entregada a los demás. Pero el creyente goza de una alegría más profunda, la alegría *cristiana*, que hace verdadera y trasciende la otra, y pertenece a quienes viven a Cristo, el hombre perfecto.

Quien ama con el mismo amor con que Cristo nos amó –amor de total donación de sí mismo a la humanidad y a Dios, hasta morir en cruz, amor forjado de perdón y lucha, oponiendo el bien al mal– se percibe y se siente *persona* en plenitud en un plano que va más allá de lo meramente humano. Quien mora en Cristo mediante su fe, vive participando de la medida de plenitud humana realizada en Él (cf. *Ef* 4, 14) y goza de la alegría más grande, la alegría que corresponde a una humanidad transformada por el amor de Dios.

Se trata de una alegría que se concreta mediante el vaciarse uno mismo y *ser para* los demás, *para* el totalmente Otro, o sea, Dios, a quien se ama por encima de todo como nuestro *Todo*. La alegría cristiana es el reflejo de una humanidad potenciada en su capacidad de amar como el Nuevo Adán, Dios crucificado, Hombre del sacrificio, Hombre inmolado que se pierde en Dios. Corresponde a la forma de una existencia totalmente

orientada al otro y al *Otro*, que es Dios-Amor, Trinidad y Comunión de Personas.

La fe vivida auténticamente genera alegría porque nos permite ser y percibirnos como humanidad amada ante todo por Dios, y luego como humanidad que se realiza según su constitutiva *estructura de ser*; a saber, la de personas intrínsecamente hechas *para* los demás, *para* Dios y *para* amar, respondiendo a un amor que nos precede y que nos llama a Él.

En particular, la fe nos hace experimentar la *alegría existencial* de seres creados a imagen de la Trinidad, el *gaudium essendi*, la alegría de ser personas que aman como ama Dios, con un amor creativo que al mismo tiempo custodia, potencia, transfigura y salva.

En definitiva, la fe que anima nuestra existencia con un *amor lleno de verdad*, nos hace más libres y más responsables, o lo que es igual, totalmente nosotros mismos. El cristianismo es mucho más que una mera reserva de buenos sentimientos. Es *divinización* de lo humano, que no su abajamiento. Es el intento eficaz en esta tierra de preservar al hombre de la autarquía, de la mentira, de inflaciones y mutilaciones, de la presunción de querer ser Dios y sustituirlo, de encerrarse en uno mismo, atrincherándose en un «yo» que rechaza dar y recibir.

La alegría de la verdadera fe nos hace ser receptivos ante lo que es «cielo», lo que no hacemos ni podemos hacer; es decir, el Amor infinito de Dios. Nos permite no

crearnos ese «infierno» que es el querer ser-solo-para-sí-mismo¹.

El cristianismo ayuda a las personas a ir más allá de sí mismas, a no ser para sí mismas, sino unas para otras, trascendiéndose uno mismo, viviendo el amor de Cristo y superando ese *analfabetismo* que impide percibirse como seres estructurados a un «tú». Para el cristianismo la persona *es* en la medida en que ama. El verdadero amor potencia la *calidad* de vida y otorga la *alegría* de ser, el *sentido* del viaje y la *fuerza* para seguir. Y todo ello como anticipo de la eternidad².

Una vida con alegría, vivida hasta llegar al hombre perfecto, según la medida de la plenitud humana de Cristo (cf. *Ef* 4, 13), es la máxima garantía para construir un mundo justo y en paz. Si no alimentamos ante nuestros hermanos en humanidad y en Cristo ese amor que nos permite verlos con los ojos mismos de Dios, no es posible realizar una justicia a la altura de la gran dignidad de las personas, seres a la vez humanos y divinos. El amor lleno de verdad que la fe nos ofrece en Jesucristo aumenta las alegrías y las esperanzas del mundo. Por ellas enseñó el cardenal Van Thuân y aceptó subir a la cruz con el Redentor. Vivía extraordinariamente

¹ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Al cuore della fede. Il mio cristianesimo*, Rizzoli, Milán 2013, p. 165.

² Cf. S. PALUMBIERI, *Amo, dunque sono. Presupposti antropologici della civiltà dell'amore*, Paoline, Milán 1999, pp. 247-248.

sereno aun en medio de dificultades indescriptibles, con la sonrisa y la fuerza del perdón, sintiéndose en brazos de Dios. El amor a Jesucristo derrota cualquier tormenta y destrucción, incluida la de nuestra corporeidad.

Al publicar estos escritos de la edad avanzada del cardenal Van Thuân, el Consejo Pontificio «Justicia y Paz» espera que, mediante su enseñanza de la fe y su mensaje de amor y perdón, que son la base de la esperanza, favorezca una nueva primavera no solo para el pueblo vietnamita, sino para toda la Iglesia. Hoy, tal y como dijo repetidas veces Benedicto XVI y ha subrayado el papa Francisco, es urgente la resurrección histórica del Cuerpo Místico de Cristo, y para que se realice cuenta con la colaboración de todos los componentes de la comunidad eclesial.

✠ MARIO TOSO
Secretario del Consejo Pontificio
de la Justicia y de la Paz